

CRITICA DE ARTE.—

Observatorio, de Nemesio Antúnez

Así titula el pintor un conjunto de dibujos y óleos expuesto en la Sala Forestal del Museo Nacional de Bellas Artes: "Observatorio". Tal nombre no es sólo un dato que aluda a la naturaleza del tema dominante. Es eso y también un símbolo. De todo pintor digno de ese nombre se puede afirmar que es testimonio de la conciencia de su tiempo. Y ahora más que nunca. Lo ha sido siempre, pero ha habido épocas en que la actividad artística estuvo más desligada de los valores éticos. Pienso, por ejemplo, que los impresionistas vivieron de preferencia más enfrentados a los problemas de formas. En el fondo fueron únicamente una pupila y soslayaban los aspectos críticos.

Inclusive en un mismo pintor se han podido producir en distintos periodos esas dos corrientes. Nemesio Antúnez las ha tenido. Y las ha tenido de manera diversa. A veces ha hecho una pintura de mayor efusión cromática, de temas entrañables y de mayor optimismo. Enseguida ha ido a otra visión más pesimista en donde el color se somete simbólicamente a la significación moral del contenido. Aquella primera corriente tiene como títulos predelectos "Cucharas y fósforos", "Rincón de las escobas", "El mantel amarillo". La pintura "negra" es la de telas en donde aparece ya el contraste

entre la amplitud y monumentalidad de los edificios y de los espacios vacíos, y la pequeñez agitada y casi hormigueante de las multitudes formadas por seres vagorosos y absurdos.

Estas obras que coincidieron en la naturaleza de su doble inspiración forman el "ondo de la importante muestra que Nemesio Antúnez realizó en noviembre de 1953.

Las exhibiciones posteriores, principalmente las del 58 y del 60, me traen al recuerdo una decidida inclinación al color. Formas tomadas de la naturaleza, con algo de "plutónico" o "meteórico", que se transmutan en abstracción y que lo fuerzan a utilizar una paleta más orquestal y rica de color. La obra maestra de esta tendencia podría ser "Charcas".

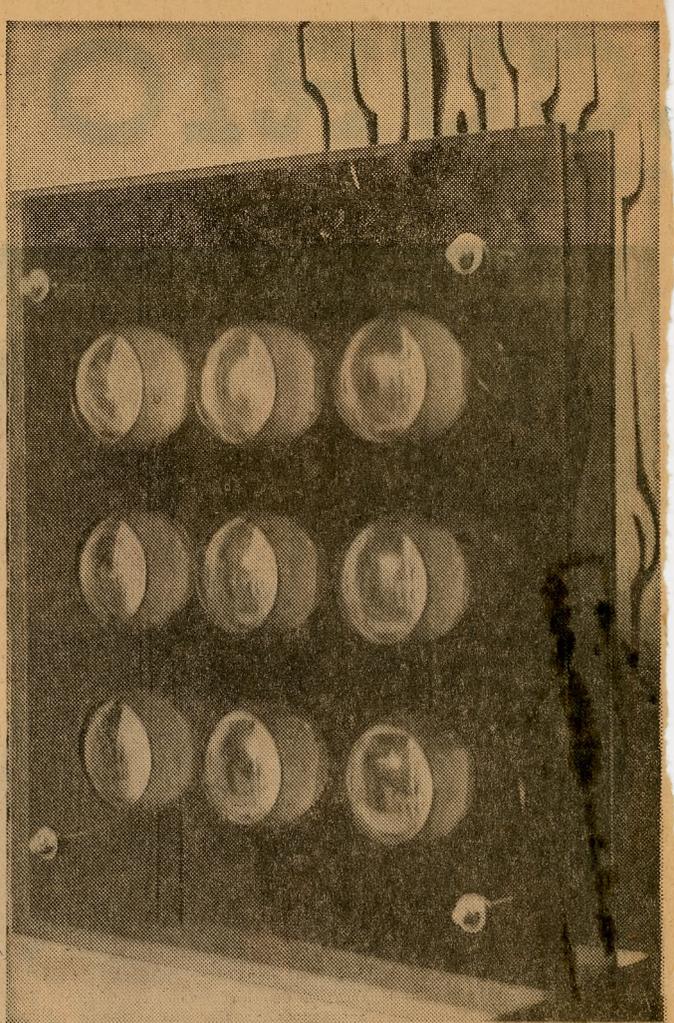
Y vengamos a lo de ahora.

El lenguaje ha cambiado conceptualmente de modo fundamental. En primer lugar se hallan lejos los artistas del cultivo gratuito de la pintura. La llamada "torre de marfil", preocupación de la juventud de mi tiempo, ha perecido. El teatro "metafísico" (léase teatro impacto, de protesta, sexual, de ideas) llena los escenarios. Lo mismo sucede con las artes visuales. No se trata de tesis, ni de contenido. Sino de una visión más amplia y de reflejar las obsesiones que atosigan a todos los hombres. Un ejemplo bastará para hacerme entender. A finales del siglo XIX dominaba el teatro de tesis. Un autor escenificaba un asunto en dos intérpretes —un matrimonio planteaba el conflicto a la luz del divorcio—. Lo mismo acaecía en la plástica. Pintura de historia, o los trabajadores en cierta fábrica, o una rueda de presos en la madrugada, o una huelga textil y la policía montada cargando contra los obreros.

Es decir, en todo caso conflictos menores que guardaban mucho contacto con el vivir individualista. Pero en ciertas composiciones de ese tiempo aflora ya el planteamiento problemático a que se encaminaba la sensibilidad de los artistas. Puedo citar "La huelga", una estupenda pintura del catalán Casas, que alude a los conflictos del obrerismo barcelonés del año 1908.

Pero, con todo, ahora son otros enfoques. Y como siempre el genial Picasso marca el camino en dos telas notables: "Guernica" (1937) y "Los fusilamientos de Corea", bastante posterior.

Antúnez mira otras realidades más trascendentales. Realidades que casi no tienen una determinación concreta y, a juicio mío, constituyen la nota más decisiva de esta pintura. Acaso ella sea fruto de los



Acrílico, aluminio y luz se reúnen en escultura de Carlos Ortúzar

efectos recibidos por el artista en sus años de residencia en Nueva York. Una gran urbe impone con mayor agudeza los mitos, las obsesiones y los cantos de sirena de nuestros convulsos días.

Pero antes de seguir adelante deseo subrayar que la objetivación de tales motivos de inspiración no se realiza en desmedro de los valores plásticos. Al contrario, adecuando los medios plásticos al sentido espiritual del cuadro y reforzando con ello, marcando con ello, haciendo más intenso el propósito buscado por el autor. Es, diría, un repertorio de formas, un lenguaje plástico fundido con lo que se nos quiere decir. Todo buen pintor encuentra la sintaxis mejor, lo que más conviene a su estilo y, además, sabe coordinar por intuición y por conocimiento de las leyes que rigen su arte, la forma y la expresión. Es decir, hace de formas, de vida y no de moral.

Volvamos al título. "Observatorio". Parte de una visita realizada al centro astronómico de Tololo, símbolo de nuestra edad centrada en torno de las inquietudes de Urania. Pero dicho reflejo es mínimo. Lo que vale es la mirada a un mundo más cercano y absorbente. Partamos del dominio masivo, la rebelión de las masas, de que habló el filósofo hispano, los mitos multitudinarios, el hombre que se siente solo en un paisaje insólito dominado por la multitud estupidizada que responde a los "slogans", a las consignas políticas, al deporte, a la publicidad que bombardea los caletres huecos e indiferentes a las cosas espirituales y humanas desde la TV, la "caja diabólica".

Lo admirable del conjunto expuesto en el Forestal es que el pintor toma muy en serio las contracciones de nuestra vida, pero no se pone grave. Ironiza, a veces apunta el sarcasmo y también logra trozos bellos de

pintura ("Fútbol azteca", "Observatorio cordillerano"). No faltan tampoco las composiciones en que se funden la ironía, el humor y el ensueño. Las dos telas tituladas "N. Y. N. Y. 10019 y 10010" son un ejemplo de lo que digo. Una de ellas, me parece que es la 10010, tiene préstamos evidentes de la corriente "pop".

Un tópico del día le da el gran sentido metafísico a estas telas. Me refiero al reflejo que en ellas existe de las formas de vida actuales. Insisto una vez más que el predominio de unos temas determinados no nos hace olvidar que Antúnez los resuelve con entrega a los estrictos problemas plásticos.

Ese tópico es la enajenación, es decir, el alejamiento de la verdadera naturaleza del hombre, su pérdida de la autenticidad. La criatura humana es esclava de la pernicioso TV, del auto, de la velocidad, de las ciudades monstruosas con sus males urbanos. El pincel expresa con metáforas pintadas esa realidad. El hombre es un ser cargado de soledad, paradójicamente, en medio de estas multitudes de individuos sin rostro todos iguales, como las cifras de un computador. El fútbol es también otro de los mitos ajenos de nuestra época. Uno de los más bellos cuadros es precisamente "Fútbol azteca" pero el más irónico es el titulado "Copa Libertadores". Las metas o las porterías o los arcos, repetidos, multiplicados, se convierten en una obsesión, en una pesadilla.

En estas obras en donde predomina el negro, el azul ultramar, el gris oscuro y los tonos quebrados, que ponen mucha austeridad en la tela, Antúnez recuerda, desde el punto de vista del estilo, al neoplasticismo, por el rigor de las composiciones y por la intensidad de las formas geométricas.

Antonio R. Romero.